ANDRÉS BELLO O EL ÁNGEL DEL ANAUCO

(Una conferencia sobre la nostalgia de Caracas en Don Andrés Bello)

Muy buenas tardes

Es un verdadero privilegio estar hoy aquí ante ustedes, en esta tarde caraqueña, para rendir homenaje -en el marco de la Feria Internacional del Libro de Venezuela-; a don Andrés Bello López, sin duda el más relevante humanista de este continente, el "polímata [πολυμαθής] de América", el "Ángel del Anauco". Aunque se le trate, en ocasiones, como a un desconocido y olvidado personaje de la historia de Venezuela.

Cuando revisamos su nombre en Google, , cuando lo googleamos -como se dice popularmente- encontramos la siguiente frase: "*Andrés Bello, ex senador de Chile*". Evidentemente, don Andrés Bello fue algo más que un senador del parlamento de Chile.

Si comparamos la obra de 26 volúmenes del Maestro y su contenido y vasto y amplio registro que se desplaza, sorprendentemente, desde la poesía y la gramática hasta la filosofía, cosmografía y el Derecho -por lo cual lo llamamos "polímata"; así como la potencia generadora de una "*vía americana*" del pensamiento y la cultura; de un lenguaje –en

sentido amplio- de lo “cultural americano” y, más concretamente de “latinoamericano”; porque a don Andrés Bello López no podemos verlo más que como el “criollo universal”, uno de los padres fundadores de “nuestra américa” –como de ella se expresó primero Francisco de Miranda y luego José Martí.

Cuando Bello, ambiciosa e intencionalmente, saca la “*divina poesía*” de su hábitat europeo y la trae a vivir, o, mejor dicho, a habitar la zona tórrida, en “*la soledad y el silencio de la selva umbría y de la verde gruta*”, la reinterpreta, le concede ese giro histórico que la hace brotar ya no sólo de lo humano -como escribiera el poeta alemán Friederich Hoelderlin- sino también de la tierra, y la tierra es madre de lo humano, la “adama” [הָאֲדָמָה]–la tierra en hebreo- del Adam [םאָדָ] –del “hombre-.

En Bello la poesía habita la “Tierra/Hombre”. Básicamente es el resultado, síntesis de la dualidad. Esta es una concepción novedosa, aunque con tintes clásicos y esotéricos- sobre esencia de la poesía.

Pero volvamos, por un momento, al Andrés Bello que intenta ser ocultado intencionalmente por todos los medios posibles. El Andrés bello que según Google es, simplemente, un “ex senador de Chile” y que, en Wikipedia, pasó de ser un

“*Polímata*” a un “*humanista venezolano, nacionalizado chileno*”, con el acento en “nacionalizado chileno” para aumentar aún más el vacío.

Un personaje contemporáneo del maestro, unos veinte años menor que él, el escritor y pensador estadounidense Ralph Waldo Emerson, el líder del movimiento trascendentalita, a quien la crítica literaria estadounidense considera como uno de sus grandes humanistas; posee una obra que, aunque eximia, no alcanza los registros de Bello ni la potencia generativa, ni su densidad ni volumen; o Henry David Thoreau, también contemporáneo de Bello; gran poeta y pensador estadounidense, no posee una obra de las dimensiones humanas, vitales o culturales del maestro; menos Charles Sanders Peirce o William james, pero tampoco en América Latina; ni siquiera el maestro Simón Rodríguez pudo crear una corpus literario de semejantes dimensiones.

De tal manera que ese joven venezolano que amaba el Anauco y a quien he decido llamar el “Ángel del Anauco” por la Quebrada Anauco -que aún hoy puede verse, escasa, deprimida, desolada, ausente de ángel, destruida por la ciudad sin humanidad que hemos erigido-, pero cuyo recuerdo resistirá el devenir de los días del maestro Andrés Bello.

Así es que si el significado, en hebreo, de la palabra o "malaj" [מַלְאָךְ], es correcto; entonces don Andrés Bello López era el "malaj", el ángel, el mensajero del Anauco. En su Oda, escribe:

Tú, verde y apacible
ribera del Anauco,
para mí más alegre
que los bosques idalios
y las vegas hermosas
de la plácida Pafos

Los "bosque idalios" y la "plácida Pafos", refiriéndose a ese mitológico, magnético y hermosísimo bosque en las montañas de Pafos, en la isla de Chipre, que estaba consagrado a la diosa Venus -de allí "idalios" "venusinos"-. Vale la paráfrasis: "*Más alegre que los hermos y plácidos bosques de Venus en Pafos, Chipre*", con lo cual vuelve Don Andrés Bello a sacar la poesía de los bosques de Europa. He allí un primer rasgo de la nostalgia a temprana edad.

Empero, esa misma quebrada o riachuelo perseguirá el alma del poeta durante toda su existencia. Ese poeta que es uno de los próceres del humanismo americano y latinoamericano, el gran libertador de "la colonia cultural" en la América española. Y es, precisamente, a este hombre sencillo pero grande al que poco o casi nada conocemos. Andrés Bello es uno de los más notables hombres de

Occidente. Un oculto miembro de la Ilustración, como Francisco de Miranda, que era capaz de recordar a Caracas con una melancolía que sólo puede compararse al "spleen de París" de Baudelaire; porque, ciertamente, el espíritu y la mente de Don Andrés Bello cohabitaban una de esas categorías agustinianas denominadas "*El tiempo del recuerdo*". Espacio de acción de su Memoria.

Don Andrés Bello era un "criollo universal" que, en realidad, jamás quiso abandonar la casa solariega y la tierra de su madre y sus hermanos. Como el Ulises que se resiste partir de Ítaca y efectúa un forzado viaje iniciático, una de cuyas pruebas de valor es, precisamente, el abandono de la casa familiar. Andrés Bello llevaba a cuestas una Caracas mítica, un arquetipo de la ciudad vital, intelectual, artística, universitaria, en la cual habían nacido los proto-hombres fundadores de la patria, y en la cual él mismo había nacido en 1781. Una ciudad onírica y utópica que lo acompaña y navega con él, y que, como epifanía, lo asalta y manifiesta durante la nocturnidad y cuya impresión y sello están estampados y permanecerán estampados en él durante el resto de sus días. Caracas era para Bello lo que para Miranda su Biblioteca personal.

Tenía El Maestro lo que podríamos llamar una "Plerosis" (un estado de llenura y completitud) de Caracas. Pero no de la ciudad como abstracción sino de un espacio con rasgos individuales y distintivos, que tiene calles, iglesias, conventos, -como el convento de las Mercedes- casas, plazas, ríos, riachuelos, haciendas de café que la bordean; un olor, una atmósfera, una respiración, una forma de la neblina, unas mariposas y unas aves muy características que uno lleva en el corazón; un ritmo, una fragancia, una sonrisa que es la sonrisa de todos, una universidad, academias, pájaros que circundan en el día y en la noche, el frío y la tibieza, la "Plerosis" y la "Kenosis", el vaciamiento y la completitud que uno también se lleva en la memoria, y allí permanecen en el vacío de la poesía como alegorías latentes.

El Maestro llevaba a Caracas en el corazón como una prenda del espíritu cuya "*civilización intelectual*" logró desarrollar en sí mismo, como Walter Benjamin desarrolló plenamente "*la nostalgia permanente de su Jerusalén*". Esa era la enfermedad que acosaba el espíritu de Andrés Bello y que tan bien refleja el pintor Raymond Monvoisin en su lienzo y cuya réplica puede verse frente a las escaleras de esta casa. El "spleen de Baudelaire" aquejaba a El Maestro. El "spleen", "la nostalgia" de Caracas. Una Caracas de la cual dijo Alejandro de Humboldt:

Con todo, no hay lugar del cual nos recordemos con más gusto que de la bella ciudad de Caracas, la que por su situación pintoresca, su temple, sus edificios, y particularmente, por la civilización intelectual y finura del trato social merece el lugar más distinguido entre las capitales del Nuevo Continente

En 1846, Andrés Bello escribe a su hermano:

“En mi vejez, Carlos mío, repaso con placer indecible todas las memorias de mi patria; recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas que me remitiste, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen (…) daría la mitad de mi vida, por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas

En 1847, le escribe de nuevo:

Yo me transporto con mi imaginación a Caracas, os hablo, os abrazo; vuelvo luego en mí; me encuentro a millares de leguas de Catuche, del Guaire, y de Anauco, y Sabana Grande, y de Chacao, y de Petare, etc., etc. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo y mis ojos se llenan de lágrimas.

Hoy celebramos un año más del natalicio de Don Andrés Bello López, recordando, con Octavio Paz, que

“*la nostalgia es un fantasma, y un fantasma plenamente irredimible*”.

Gracias.